

Desprecian los hacendados, las reglas sublimes de la fraternidad universal que revisten á todas las criaturas de una dignidad común, y las enlazan con vínculos de amor no comprendido. Y de esta laxitud en el cumplimiento de los mandatos de la eterna sabiduría y de este abandono de los preceptos admirables de la verdad consoladora, nacen innumerables males, infinitos trastornos, errores inmensos que llevan trazas de no acabar, hasta que demos al fin, altos y bajos, ricos y pobres, con la decantada igualdad apetecida entre la nada del sepulcro.

Piensen en esto, los potentados y los hombres de gobierno, mediten seriamente sobre este punto, los patronos y los administradores de los pueblos, empápense de la gravedad del problema planteado y de la trascendencia de una solución que se impone como única y salvadora. Sepa el pueblo entenderla y aceptarla con la gratitud debida, y amolden unos y otros, patronos y obreros, su pensamiento, y su conducta, á la norma perfecta y ejemplar del obrero de Nazareth y Patrono de la Iglesia, elevado entre los resplandores del siglo tan necesitado de modelos, á las alturas de una tutela universal, aclamada por todos los países como útil y benéfica y saludada con júbilo por los corazones fieles, entre el aplauso y la admiración del mundo trastornado.

La venerable figura del Patriarca de la Judea, es, en efecto, la más propia para suscitar en las almas tibias ó extraviadas, alientos de esperanza y estímulos de piedad. Del justo José, pueden aprender los artesanos y menestrales, todos cuantos sujetos al yugo inexcusable del trabajo, penden de la palabra ó del mandato del jefe ó del patrono, lo que es la cristiana fé, aquella fé inquebrantable que selló sus labios y cerró las puertas de su alma candorosa al torcedor horrible de la duda; lo que es sumisión y mansedumbre, en las que movieron á aquel varón dechado de prudencia, á obedecer los deseos de una Mujer excelsa, y las frases amorosas de un Niño divino; lo que es paciencia y resignación, cuando pobre y peregrino, extranjero en su patria, y sin hogar, precisamente en Belén, donde se alzaba el alcázar, solar de su regia estirpe, hubo de ofrecer reposo á la Señora de su acatamiento, y cuna al Hijo de su alma entre las ruinas de una choza que pasaron á ser piedra fundamental del perdón para los hombres, y cenizas deleznales, de las que surgió el Ave fénix del amor, redimiendo con su sangre al mundo.

Del custodio de Jesucristo deben copiar los magnates de la tierra,